

NO SE OLVIDA LO QUE SE NOMBRA

“La lengua del feminicidio utiliza el significante cuerpo femenino para indicar la posición de lo que puede ser sacrificado en aras de un bien mayor, de un bien colectivo, como es la constitución de una fratría mafiosa. El cuerpo de mujer es el índice por excelencia de la posición de quien rinde tributo, de víctima cuyo sacrificio y consumición podrán más fácilmente ser absorbidos y naturalizados por la comunidad.”

Rita Segato

Nombrar la realidad para que exista, para que se haga visible, para que sea reconocida. En la década del noventa, tras los lacerantes asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, la antropóloga mexicana Marcela Lagarde acuñó el concepto de *feminicidio* como un constructo con enfoque de género que permite designar un tipo específico de crimen en grado extremo de ensañamiento, el asesinato misógino cometido por los hombres sobre el cuerpo femenino, movidos por un sentido de propiedad, control y dominación ejercida bajo lo que la investigadora argentina Rita Segato identifica como *mandato de masculinidad y pedagogía de la crueldad*. Estos crímenes tienen por jurisdicción el cuerpo de las mujeres tanto como el territorio, constituyendo, así, una práctica sistémica altamente tolerada por la sociedad patriarcal desde donde emanan todas las violencias y cuya estructura fundamental, el Estado, sostiene en impunidad pese a legislar. Así ocurre en nuestro país, donde este delito grave se tipificó parcialmente en 2010 con la Ley de Femicidio, siendo recién el año 2020, con la promulgación de la Ley Gabriela, cuando se amplía el marco legal que establece como femicidio el asesinato de una mujer a causa de su género, sin importar la relación que exista con el agresor. Desde entonces, se registran casi 800 víctimas de femicidio y lesbofemicidio en Chile. No son únicamente crímenes de odio, son crímenes del poder.

En efecto, resultantes del modelo capitalista neoliberal, los femicidios dan cuenta de la cultura de muerte instalada a fuego hace ya medio siglo en Chile, desde el golpe cívico militar hasta hoy, bajo una narrativa de progreso nacional que tiene a la cosificación como metodología para degradar, desproteger y llevar a la condición de desecho los cuerpos de niñas, mujeres y disidencias sexuales, tratándoles como residuos que pueden extinguirse o exterminarse tal como se extingue y extermina el territorio.

En esa permanente dinámica sociopolítica, las formas de resistencia desarrolladas por las mujeres contra la subordinación, el negacionismo y la injusticia, constituyen herramientas vitales para la reconfiguración de su rol político y de las múltiples historias de violencias que las habitan y pugnan por el derecho a ser, expresar, organizar sus pluralidades.

Sobre esto reflexiona la instalación visual y sonora **No olvido porque** cocreada por la artista visual performer Lorena Muñoz Bahamondes junto con la poeta activista Amanda Varín, quienes problematizan los recurrentes femicidios registrados en Chile, instalando una multitud de 800 cuerpos/pañuelos blancos que portan escritos el nombre de cada mujer ausente y el envolvente circuito octofónico que susurra un texto poético que se activa al pisar. A esos elementos se agrega la resignificación vectorial de la imagen del pañuelo como ícono de incesantes luchas ante la desaparición forzada que han debido transitar generaciones de mujeres latinoamericanas, aludiendo al imaginario chileno de la *cueca sola*.

De esta manera, las artistas hacen de las artes mediales el instrumento comunicativo para contribuir a la construcción de una voz colectiva contra el olvido, sumándose, desde la creación, a la disputa de las mujeres por el derecho a una vida libre de violencia. Mediante la intertextualidad con el pañuelo blanco como dispositivo de memoria y la evocación sonora de las que ya no están, las autoras plantean una perspectiva crítica y estética respecto de la imbricación violencia de género, Estado e impunidad, escenario en el que el acto íntimo de recordar se transforma en un rito de memorias colectivas y allí, allí somos imposibles de dominar.

Alejandra Villarroel Sánchez
Periodista